

Kaleidos Red
COEP^C
I CONGRESO EUROPEO
DE PROXIMIDAD, PARTICIPACIÓN Y CIUDADANÍA
Vitoria-Gasteiz 24, 25 y 26 de Noviembre de 2010.

Miércoles, 24 Noviembre, 17:30 horas
**“Micro-Gobernanza:
Poder local, inmediatez y mediaciones”**
Enrique GIL CALVO
Universidad Complutense

Se trata de cuestionar el modelo de gobernanza que los poderes públicos tienen que ejercer en régimen de proximidad, a escala micro (nivel de interacciones personales), para poder suscitar y dinamizar la participación ciudadana de las diversas redes sociales que intervienen en la esfera pública. Para ello se discutirán las razones que explican la creciente deslegitimación de los poderes públicos tanto administrativos como electos, lo que justifica en cierta medida la creciente desmovilización ciudadana. Y en virtud de ello se explorarán, a partir de las propuestas de Pierre Rosanvallon, las diversas posibilidades que se abren a la hora tanto de relegitimar a los poderes públicos como de removilizar a las redes ciudadanas.

La exposición tiene cinco partes. En la primera se define el concepto de participación cívica en función de las tres dimensiones reconocibles en el espacio público. En la segunda se aborda el retroceso de dicha participación cívica ante el actual deterioro del espacio público, cuyas causas se exploran. En la tercera se plantean las tres opciones de respuesta al declive de lo público planteadas por Hirschman. En la cuarta se discuten las alternativas abiertas ante las autoridades en su intento de recomponer la participación ciudadana. Y en la quinta se sugiere una estrategia de microgobernanza a escala local, recurriendo a las ciudades propuestas de Rosanvallon para recuperar la legitimidad democrática.

1) Dimensiones del civismo: el ‘genio del lugar’.

Existen muchas formas de entender la participación ciudadana. En su expresión minimalista, se la reduce a la mera participación electoral. Pero como semejante reduccionismo parece insatisfactorio, lo más común es referirla a los índices de afiliación al movimiento asociativo, ya sea interesado (partidos, patronales, sindicatos, colegios profesionales, cámaras de comercio, etc) o sin ánimo de lucro (parroquias, clubs deportivos, asociaciones culturales, voluntariado, ONGs, etc). Y todavía se puede ir más allá, como haré aquí, identificando el civismo con la

práctica activa y el ejercicio constante de un deber ético de entrega y compromiso con la cosa pública.

En seguida se advierte que no se trata de definiciones contradictorias entre sí, sino que representan tres grados o niveles sucesivos dentro de una misma escala de participación ciudadana: un umbral mínimo de aquellos que se conforman con votar, un rango medio de los que, además de votar, también pertenecen a asociaciones ciudadanas, y por último la cúspide de la ciudadanía, habitada por quienes se identifican plenamente con su comunidad civil. Se trata por tanto de una escala cuantitativa que va de menos a más.

Pero aquí propongo entender la participación ciudadana no en términos cuantitativos, como si fuese un capital contante y sonante (según sugiere la teoría del llamado capital social), sino en términos cualitativos, que distingan formas de participación incomparables o inconmensurables entre sí. Así ocurre cuando diferenciamos entre dos formas de participación, una instrumental o interesada, en la que sólo se participa para defender o satisfacer intereses materiales, y otra forma mucho más desinteresada y expresiva, en la que sólo se participa *porque sí*, ya sea por deber o por puro amor al arte de participar, aunque ello vaya en contra de los propios intereses.

La participación interesada se plantea en el fondo como un negocio, ya sea que participes para beneficiarte de ello o al menos para no salir perjudicado. Es el caso por supuesto de las redes clientelares que se benefician del tráfico de influencias con los poderes públicos, bordeando la corrupción. Pero algo parecido sucede con los *lobbys*, los grupos de interés y muchas redes del movimiento asociativo, que si participan en la cosa pública es para elevar sus demandas a las autoridades reclamando decisiones legales que les benefician. Y lo mismo ocurre con las movilizaciones de protesta de aquellos afectados por las medidas del gobierno que se sienten perjudicados y presionan para que se rectifique o se les dé alguna reparación.

¿Eso es participación ciudadana? ¿O se trata de chantaje, coacción y tráfico de influencias? Para no ponernos moralistas, digamos que representa la cara oscura de la participación cívica: el *lado oscuro* de la fuerza ciudadana (por recurrir a un fácil símil cinematográfico), que presiona o amenaza con movilizarse en busca de sobornos o recompensas. Ahora bien, además de esta cara oculta, la participación ciudadana también presenta otro lado más brillante y luminoso. Esta otra cara del civismo es la participación ciudadana gratuita y desinteresada, que sólo se efectúa por convicción ética.

O por amor a la ciudad, pues como decía la canción, el cariño verdadero ni se compra ni se vende. Pues bien, de igual forma, la auténtica participación cívica tampoco debe ser un tráfico venal, pues no es un negocio lucrativo ni una extorsión organizada, que busca beneficios o rechaza perjuicios, sino que es un compromiso desinteresado que emerge por entrega altruista a la ciudad. Etimológicamente, el signifi-

cado del concepto de participación cívica implica que los ciudadanos se sientan implicados en su ciudad y la tomen a su cargo, involucrándose en su vida pública no en busca de beneficios sino por propia decisión altruista, desinteresada y gratuita.

He aquí el punto al que quería llegar: el fundamento de la participación ciudadana no es el interés sino la libre voluntad. O sea que se trata de un ejercicio de voluntariado que sólo puede surgir libre y espontáneamente, y no como resultado de la oferta de incentivos tentadores. Por supuesto, ambas razones para participar, la interesada y la voluntaria, pueden darse y coincidir simultáneamente. Pero la segunda forma es la condición *sine qua non*, necesaria y suficiente para que pueda hablarse de verdadera participación cívica. Pues en puridad, si esta motivación voluntaria y gratuita llegase a faltar, cuando la participación sólo está estimulada por la codicia, o por la exigencia de cuentas pendientes, entonces se trata de una participación espuria, falaz y adulterada. Ya que sólo puede ser auténtica la participación que se origina y fundamenta en el amor desinteresado por la propia ciudad.

¿Y en qué consiste este amor a la ciudad? Creo que lo mejor es entenderlo como una pertenencia mutua o una identidad recíproca entre el ciudadano y su ciudad: *mi ciudad me pertenece, yo pertenezco a mi ciudad*. Si en tanto que ciudadano me identifico con mi ciudad es porque creo que pertenezco a ella y que me pertenece. ¿Y cómo se llega a abrigar esa creencia, a albergar semejante sentimiento? Que es como decir: ¿el ciudadano nace o se hace? Sin duda, el amor por la ciudad es algo que se hereda, pero también se aprende, se contagia o se adquiere.

Para analizar la naturaleza profunda del sentimiento cívico, lo habitual es referirse al concepto de confianza pública, que a su vez se relaciona con el concepto de capital social. Pero si lo relacionamos con el amor por la ciudad, puede proponerse como mejor metáfora el amor familiar. En efecto, también la vida familiar exige una participación no venal que sólo surge por amor a la familia, del mismo modo que la participación ciudadana procede en última instancia del amor a la ciudad. Y es tan estrecho este paralelo entre amor a la familia y amor a la ciudad que puede decirse que la ciudad equivale a la familia civil.

Para seguir con la metáfora, invito a entenderla del modo siguiente. Consideremos a la familia natural o consanguínea, que es aquella en la que nacemos. Pero luego adquirimos otra familia más amplia, que es la familia política, formada por aquellas redes de parentesco con las que tenemos afinidad familiar: suegros, nueras y yernos, hermanos políticos, cuñados y concuñados, padrinos y madrinas, compadres y comadres, primos en diversos grados... Pues bien, más allá de la familia *natural* y todavía más allá de esta otra familia *política*, ¿por qué no imaginar que disponemos también de una familia *civil*, que sería la familia extensa formada junto con nuestros vecinos y conciudadanos, quienes también pertenecen a la misma comunidad civil a la que pertenecemos y en la que participamos?

Si consideramos a la familia consanguínea, veremos que consta de dos clases distintas de vínculos amorosos, lazos separados que también componen sus dimensiones constituyentes. Por un lado, las relaciones inter-generacionales de progeneritura y filiación (verticales y asimétricas) que se dan entre ascendientes y descendientes: padres e hijos, tíos y sobrinos, abuelos y nietos... Y por otra parte, las relaciones intra-generacionales de emparejamiento y de confraternidad (horizontales y simétricas) que se dan entre cónyuges y entre hermanos. Pues bien, estas dos clases de lazos familiares amorosos también pueden distinguirse en el amor a la ciudad, en tanto que familia civil.

En la ciudad, los lazos simétricos y horizontales, equivalentes al emparejamiento y la confraternidad, son los que se establecen con los demás conciudadanos, a los que el propio civismo nos impulsa a amar como si fueran nuestros hermanos. De ahí el lema trinitario del liberalismo republicano: libertad, igualdad y fraternidad. Pero además de estos vínculos simétricamente fraternos entre todos los conciudadanos, también deben existir otros lazos asimétricos entre los ciudadanos y las autoridades civiles, a las que se debería amar como si fueran nuestros progenitores y ascendientes. Unas autoridades civiles entendidas en sentido amplio, lo que incluye no sólo las autoridades públicas responsables del buen gobierno y el orden ciudadano sino además las personalidades públicas que ocupan posiciones de liderazgo cívico en el seno de la sociedad civil: maestros, profesores, intelectuales, artistas, profesionales, simples ciudadanos dignos de ser respetados...

Es la trama de dos dimensiones del espacio público (Gil Calvo, 2006) por donde se canaliza el amor por la ciudad: un civismo que debe manifestarse tanto por la confianza recíproca entre todos los conciudadanos (análoga al amor fraterno) como por la afinidad mutua entre autoridades y ciudadanos (equivalente al amor paterno-filial). Y cuando se dan tales sentimientos de identificación con las autoridades y los conciudadanos, entonces puede afirmarse que cada ciudadano siente que pertenece a su ciudad, y que su ciudad le pertenece a él.

Pero con decir esto quizá no baste, y puede que haga falta algo más. Me refiero al sentimiento de pertenencia colectiva, mucho más allá de la mera pertenencia individual. Si me limito a sentir que la ciudad *me* pertenece y que *yo* pertenezco a *mi* ciudad, entonces me quedo sólo en el plano del individualismo posesivo. Y para trascender ese nivel individual y acceder al plano, éticamente superior, del civismo participativo, hay que llegar a sentir que la ciudad *nos* pertenece, y que *nosotros* pertenecemos a *nuestra* ciudad. ¿Cómo se accede a ese nivel superior de amor colectivo por nuestra ciudad compartida en común?

Regresemos a la metáfora familiar. Además de amar a los hermanos y a los progenitores (o a los hijos), también se ama a la propia familia como un todo compartido. Es la tercera dimensión del amor familiar, que trasciende al mero amor fraternal (amor familiar de primera dimensión) y al amor paterno-filial (amor familiar de segunda dimen-

sión). ¿Y qué significa amar a la familia en cuanto tal, más allá del amor a nuestros familiares que la encarnan? Adviértase que, muchas veces, nuestros progenitores, nuestros hermanos o nuestros hijos nos defraudan o nos fallan, pero no por eso dejamos de amarlos: y no por sí mismos sino en tanto que miembros de nuestra familia, a la que amamos. Y he aquí la pregunta: ¿qué tiene ésta para que amarla nos lleve a absolver con amor a aquellos de sus miembros que nos defraudan?

Para responderla podemos parafrasear al célebre sociólogo francés hace poco desaparecido, Pierre Bourdieu, cuando habla del *espíritu de familia* (1997, pp. 126-138). Lo que amamos en nuestros familiares, pese a sus fallos personales, es que encarnan como nosotros mismos el espíritu de *nuestra* familia. Un espíritu hecho de la continuidad en el espacio y en el tiempo de todos los sucesivos miembros de la familia, que se encadenan entre sí horizontal y verticalmente una generación tras otra: nuestros antepasados, nuestros coetáneos, nuestros sucesores, nuestros parientes lejanos... Un mismo espíritu que nos alienta y anima a todos por igual en tanto que miembros de nuestra común familia.

Pues bien, pasemos de nuevo desde la familia natural a la familia civil. ¿Cuál es el equivalente cívico del espíritu familiar? El genio del lugar (*genius loci*, en latín), concepto inventado por el neoclasicismo inglés prerromántico para definir la naturaleza singular y originaria de cada territorio. Es decir, el espíritu del lugar (Martín Salván, 2006). En nuestro caso, el espíritu de la ciudad: un principio derivado de la naturaleza singular del territorio (como si fuera el genio del subsuelo) que representa la continuidad en el espacio y en el tiempo de su comunidad civil, es decir, la permanencia sin fin de su identidad cívica.

Para decirlo en palabras del sociólogo estadounidense Richard Sennett (1997), el espacio público de una ciudad está hecho tanto de carne como de piedra: la carne de sus habitantes y la piedra de sus casas, sus calles y sus plazas. Pues bien, con el paso del tiempo, la carne y la piedra cambian, se transforman y se suceden, pero el genio del lugar permanece inmutable, siempre fiel a sí mismo. No hay más que pensar en Roma, la ciudad eterna, que persiste impertérrita bajo la recurrente sucesión de carnes y piedras que se arruinan pero renacen.

Para definir la modernidad, Baudelaire decía que las ciudades cambian más deprisa que el corazón de las gentes que las habitan. Y aquí podemos parafrasearle diciendo que las ciudades cambian pero su corazón permanece constante latiendo en el mismo lugar: aquí y siempre. Y ese corazón es el genio de lugar, que late incansable para expresar el eterno retorno de su origen que coincide con su destino sin fin. De ahí la metáfora que aquí se plantea: es el genio del lugar quien inspira a los ciudadanos su amor cívico por su ciudad, un amor (de tercer orden) que trasciende y que inspira el amor por las autoridades (amor de segundo orden) y por los conciudadanos (o amor de primer orden).

Pero abandonando las metáforas literarias, quizá convenga traducir todo esto a lenguaje más prosaico y operativo. Como resumen de esta primera parte, cabe decir que la participación ciudadana, en su esencia, es una práctica mucho más expresiva, voluntaria, emocional y gratuita que calculadora, utilitaria o interesada, pues aunque también pueda desempeñar funciones instrumentales (como formular protestas o canalizar demandas), su expresión ha de surgir de la libre voluntad.

Y en este sentido, su ejercicio se articula en tres dimensiones. Por un lado depende de las relaciones asociativas de confianza interpersonal con los demás conciudadanos (primera dimensión). Además, también depende de las relaciones de lealtad mutua y confianza recíproca entre las autoridades civiles y los ciudadanos (segunda dimensión). Y por último, depende sobre todo del sentimiento de pertenencia e identificación con su ciudad que anime a los ciudadanos (tercera dimensión), lo que a su vez depende de la creencia que abriguen sobre el vigor de su identidad singular: el genio del lugar. Una conciencia de identidad local que es el germen movilizador de la participación ciudadana.

2) *El eclipse de la participación cívica.*

Desde hace tiempo, se extiende la percepción de que la participación ciudadana está declinando de forma sostenida. Bien es cierto que en España, por razones tanto culturales como históricas, el civismo siempre ha sido bastante poco satisfactorio. Nuestro modelo de cultura política es de tipo latino-mediterráneo, caracterizado por presentar los más bajos niveles de confianza pública y capital social de todo el conjunto europeo-occidental (Inglehart, 2000; Gil Calvo, 2006-a). Y esta genealogía deficitaria en participación cívica se vio además agravada en nuestro caso por las recientes secuelas dejadas por la larga dictadura franquista, que reprimió severamente toda forma de participación ciudadana no sometida al régimen dictatorial. De modo que el civismo español no puede ser muy elevado (Morán y Benedicto, 1995).

Pero además de la inercia histórica dejada por la herencia recibida, todo parece indicar que la participación cívica subyacente está menguando en los últimos lustros de forma preocupante. Durante los años de la transición y la consolidación democrática, en aquella época de efervescencia colectiva y entusiasmo cívico por aquellos primeros “ayuntamientos democráticos”, aún podía parecer que el civismo español se recuperaba lo suficiente para iniciar una senda de crecimiento sostenido. Pero desde entonces hasta aquí la tendencia parece haber invertido su signo, predominando la decepción, el desencanto, la apatía, el desafecho, la desconfianza y el escepticismo ciudadano.

A esto se añade la profunda irritación ante el modo en que los partidos políticos han abordado la crisis económica tanto desde el Gobierno como desde la oposición (Gil Calvo, 2009-b): en lugar de cooperar tratando de superarla, han optado por culparse recíprocamente de

su fracaso común. Todo lo cual ha hecho que la clase política en su conjunto haya pasado a ser percibida por los españoles, según los últimos barómetros del CIS, como el tercero de nuestros peores problemas, tras el paro y la crisis. De ahí que los defraudados ciudadanos, hastiados de la degradación del clima político, y llenos de desconfianza hacia las autoridades, parezcan preferir refugiarse en su privacidad

Sin embargo, este giro reciente hacia el abandono y la deserción del civismo no es algo privativo del caso español ni constituye ninguna excepción. Por el contrario, parece una tendencia común y claramente dominante en el conjunto de las democracias occidentales, que caminan todas ellas al unísono hacia un descenso sostenido de la participación ciudadana, como reacción ante su progresiva pérdida de confianza en las autoridades y las instituciones públicas. Es lo que Robert Putnam (2002) ha llamado el declive del capital social. Y también Manuel Castells empieza a hablar de ‘crisis de la democracia’, causada por el clima de descrédito mediático de la esfera pública que se deriva del agravamiento de la confrontación política (Castells, 2009).

En suma, la participación ciudadana parece declinar por doquier de forma sostenida y aparentemente irreversible. Crece el abstencionismo electoral, desciende la afiliación a partidos políticos, grupos de interés y asociaciones voluntarias, y sobre todo crecen los indicadores de desconfianza en las instituciones y desprecio por las autoridades públicas. Es verdad que, a cambio, el civismo de los jóvenes se desvía de la política para canalizarse hacia el voluntariado de las ONG. Pero lo hace de una forma ocasional y ‘dominguera’, sin constancia ni continuidad. Y en cuanto a los movimientos altruistas emergentes de mayor arraigo y activismo civil, tienden a centrarse en objetivos claramente apartados de la participación ciudadana, como la ecología, la cooperación al desarrollo del Tercer Mundo y la lucha contra la globalización. ¿Qué razones explican esta caída del civismo participativo?

Lo más frecuente es culpar de todos los males, incluido el descenso de la participación cívica, a la consabida ‘globalización’ (Stiglitz, 2002), un concepto-comodín del que se usa y abusa para referirnos a todo el conjunto de cambios tecnológicos, culturales y sobre todo socioeconómicos que están transformando nuestro modelo de sociedad en los últimos lustros, con consecuencias claramente contraproducentes. De ahí la mala fama que tiene la globalización, a la que se considera responsable de toda clase de problemas sociales y ambientales: es la temática de la ‘sociedad del riesgo global’ que ha hecho justamente célebre al sociólogo alemán Ulrich Beck (2002).

Y para lo que aquí nos importa, entre tales riesgos globales destacan todos aquellos que contribuyen a explicar la caída actual de la participación ciudadana en sus tres dimensiones que hemos distinguido en el apartado anterior: relaciones de confianza entre los conciudadanos, relaciones de confianza entre autoridades y ciudadanos, y sentimiento de pertenencia e identificación con el genio del lugar.

Por lo que se refiere a la erosión de esa primera dimensión asociativa, los efectos perversos de la globalización generan el antes ya citado declive del 'capital social' (Gil Calvo, 2006-b), entendiendo por ello tanto el descenso de los índices de asociacionismo voluntario como la pérdida de las relaciones de confianza recíproca entre los ciudadanos, que caen víctimas de un clima de desconfianza generalizada. Las causas de este declive del capital social son muchas, destacando los efectos de la desindustrialización, el desclasamiento y la deestructuración social.

En la vieja sociedad industrial, la estructura de clases era muy estable, por lo que los ciudadanos adquirirían una sólida conciencia de clase que les permitía integrarse socialmente, sentirse sujetos a la posición que ocupaban en su comunidad local e identificarse con sus pares, con los que anudaban estrechos vínculos de confianza, compañerismo y solidaridad de clase. Pero por efecto de la desindustrialización y la consiguiente precariedad laboral, hoy la estructura de clases se está fragmentando y desintegrando a ojos vistas.

Primero se aburguesó y se descompuso la clase obrera. Más tarde le ha tocado el turno a las clases medias (Gaggi y Narduzzi, 2006; Chauvel, 2006), tras el fin de la meritocracia que empobrece a los *mi-leuristas*. Y ahora ingresan por la base de la pirámide social nuevos estratos de inmigrantes desarraigados y excluidos. Todo lo cual genera una pérdida generalizada de conciencia de clase para quedar todos sometidos al mismo patrón consumista del *low cost* en lo que se ha llamado la 'sociedad de bajo coste' (Gaggi y Narduzzi, 2006).

Es la 'modernidad líquida' de Bauman (2002) o el 'desanclaje' de Giddens (1993), pues cuando los individuos ya no pueden sujetarse a posiciones fijas en la estructura social, se desarraigan sin vínculos ni ataduras y quedan flotando libremente a la deriva. Pero es también la 'individualización' de Ulrich Beck (2003), porque las personas deben hacerse a sí mismas sin ayuda de su tejido comunitario, en un proceso de bricolaje biográfico ('hágalo usted mismo', es decir, 'sálvese quien pueda') que recuerda al eslogan 'redecora tu vida' de una multinacional *low cost*. Y para lo que aquí importa, la consecuencia es la quiebra y ruptura de las cadenas comunitarias de la solidaridad de clase, quedando las personas desprovistas de su capital social. Una sociedad desintegrada donde aparecen la fragmentación social, la fractura civil y el conflicto intercultural (xenofobia, racismo, ghettización), extendiéndose por doquier un clima de alarma, temor y desconfianza generalizada.

Pero además de erosionar las reservas de capital social, la globalización también está corroyendo la segunda dimensión de la participación cívica: las relaciones de respeto y confianza recíproca entre los ciudadanos y las autoridades, que hoy se ven sustituidas por un clima de sospecha y desconfianza generalizadas. En efecto, tras el estallido del *caso Watergate*, hoy la lucha política se ha convertido en un certamen de escándalos políticos donde todos pugnan por desacreditar la reputación de sus rivales destruyendo la confianza que los ciudadanos deposi-

taban en ellos. Y ocasiones para ello no faltan, pues en efecto la política democrática cada vez está más degradada por la corrupción y el tráfico de influencias, destacando los recurrentes denuncias que se cruzan en la prensa sobre los escándalos que afectan a la financiación ilegal de los partidos políticos. De ahí que los ciudadanos hayan aprendido a despreciar a la clase política contemplando la escena pública con creciente antipatía y escepticismo. El resultado es la deserción de la política y la aceptación sin escrúpulos de un incivil cinismo político, que no duda en ‘trincar’ o ‘sacar tajada’ lucrándose clientelariamente de la corrupción política (según revela el obsceno ‘caso Marbella’).

Lo cual ha socavado la autonomía de la política en beneficio de los medios audiovisuales, que han impuesto la tiranía de lo que Sartori (2001) llama ‘la sociedad teledirigida’ y Bernard Manin (1998) prefiere denominar ‘democracia de audiencia’. El resultado agregado de esta batalla por la opinión que ya dura un cuarto de siglo es que, como consecuencia de la acumulación de escándalos mediáticos (Thompson, 2001), se ha destruido la confianza pública en las instituciones y en las autoridades civiles, que han quedado irreversiblemente desautorizadas.

En esas condiciones, la esfera pública de debate, el corazón de la democracia según Habermas (1994), se convierte en una arena de combate donde el interés general es falsificado en beneficio de los intereses sectarios: es la privatización de la opinión pública que ya he denunciado en otro lugar (Gil Calvo, 2005). Lo cual realimenta a su vez el clima mediático de confrontación política (Gil Calvo, 2008), que degenera hasta llegar a representar de forma emergente una auténtica crisis de la democracia (Castells, 2009).

A todo esto se añade la privatización del espacio público por efecto de la mercantilización neoliberal impulsada por la globalización. Los centros históricos de las ciudades se convierten en parques temáticos comercializados para el masivo turismo global al que también se atrae con espectaculares edificios diseñados por arquitectos-estrella sin relación alguna con el contexto local. Y las áreas urbanas más degradadas son invadidas por los inmigrantes hasta quedar entregadas a la miseria y abandonadas a la exclusión social, mientras las clases medias huyen a las urbanizaciones de la periferia que están cercadas por barreras inaccesibles como si fueran fortalezas privadas, construidas a imitación de una ciudad-jardín en torno a decorativos campos de golf.

De modo que el espacio público desaparece para ser sustituido por un mosaico de espacios privados yuxtapuestos pero inconexos: ya sean los ghettos urbanos de las minorías segregadas o los reductos dorados donde las clases propietarias defienden su derecho a la intimidad y a la privacidad. Es entonces cuando la confianza pública desaparece y los ciudadanos se transforman en autistas desertores o en disidentes sectarios. Y en cualquier caso, la participación ciudadana se disuelve.

Finalmente, nos quedan por analizar los efectos corrosivos de la globalización sobre la tercera dimensión participativa: el sentimiento de

pertenencia a la identidad local simbolizada por el culto al genio del lugar. A este respecto, la peor de las consecuencias perversas de la globalización es sin duda la 'deslocalización', considerada en un sentido muy amplio. Me refiero con ello no a su concepto más restringido, que la relaciona con la desindustrialización (o migración de las plantas industriales desde las áreas ya desarrolladas a otras áreas geográficas con salarios más bajos), sino al hecho de que lo local se diluya y disuelva en lo global, perdiendo su anterior autonomía propia (Borja y Castells, 1997) y con ella su carácter genuinamente singular.

Antaño, las comunidades locales estaban centradas en sí mismas, poseyendo una clara identidad propia. Pero como consecuencia del incremento y la aceleración de la movilidad geográfica (flujos bidireccionales de inmigrantes y emigrantes), crece su interconexión interdependiente con todas las demás unidades locales y supralocales que las circundan y que, por efecto de la intensificación de las comunicaciones, cada vez están más próximas. Digamos que Vitoria está cada vez más cerca de Shanghai en el espacio y en el tiempo, así como de las demás ciudades globales, crecientemente sustituibles e intercambiables.

Con ello las unidades locales se descentran para pasar a ser meros nudos en serie de una red o malla global, y las fronteras que las circundaban se desdibujan para hacerse borrosas y porosas, convirtiéndose en permeables y quedando atravesadas por múltiples fuerzas globales que las superan ampliamente en todas las direcciones. De modo que lo local deja de ser independiente para quedar atrapado en una red de dependencias globales, lo que también refuerza la misma tendencia que acaba de verse (en la segunda dimensión participativa), pues los poderes locales quedan desautorizados y desprovistos de su anterior poder.

Pero a la vez que lo local pierde su singularidad espacial para disolverse en la continuidad reticular de lo global, también se pierde la posibilidad de percibir su continuidad temporal. En efecto, como consecuencia de la tiranía del presente inmediato, ejecutada por el principio de actualidad mediática (sólo es noticia la última novedad), el pasado se difumina hasta caer en el olvido mientras que el futuro posible se hace cada vez más miope. El olvido del pasado obliga a cancelar la memoria histórica, con lo que se borran los orígenes de los que se reniega con ingratitud. Pero la miopía temporal también hace cancelar al futuro, cada vez más alejado, imprevisible e incierto. Con lo cual ya no hay patrimonio histórico que conservar para los sucesores, por lo que puede ser vendido en almoneda al mejor postor, como se hace en efecto con las recalificaciones privadas del suelo público.

Así desaparece del mapa y queda fuera de la vista el genio del lugar, que expresaba la propia identidad singular porque comunicaba el presente con el origen remoto y con el destino aplazado, estableciendo su continuidad sin fin. Y sin genio del lugar con el que identificarse tampoco hay vocación para ejercer la participación ciudadana, que degenera en mera privacidad posesiva, deslocalizada, interesada y secta-

ria. Pues cuando los ciudadanos dejan de pertenecer a su ciudad, porque creen que ésta ya no les pertenece a ellos sino a fuerzas globales y anónimas, imposibles de controlar, entonces se convierten en desertores y tráfugas, dejando pasivamente que se extinga el genio del lugar.

3) Respuestas a la crisis: salida, voz y lealtad.

En suma, el progresivo deterioro del espacio público ha intensificado el creciente déficit de participación ciudadana. Y todo esto se ha visto súbitamente agravado por el impacto de la actual crisis económica, que está suponiendo un auténtico desafío colectivo, muy difícil de resolver por las autoridades públicas. Por lo tanto, si queremos explorar los diversos senderos de salida de esta crisis, que lo es también de participación cívica, conviene comenzar por afrontar las distintas respuestas que están dando los propios ciudadanos ante el rápido deterioro de su espacio público. Para ello, nada mejor que aplicar el esquema propuesto por un célebre economista discípulo de Keynes, Albert Hirschman, quien en su obra quizás más famosa, *Salida, voz y lealtad* (1977), subtitulada *Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y Estados*, propuso tres clases de reacción ante el deterioro de las instituciones, ya fueran económicas, políticas o sociales. En nuestro caso, ante el deterioro actual del espacio público y el consiguiente déficit de civismo.

La primera respuesta posible ante una crisis es la ‘Salida’ (*Exit*): la huída, la evasión, el abandono, la deserción. Es lo que vemos todos los días en nuestras calles con tantas tiendas, empresas y oficinas que cuelgan el cartel de ‘cerrado’. También eligen la opción de *Salida* quienes optan por la fuga de capitales, la evasión de impuestos, la caída de la bolsa, la abstención electoral o el transfuguismo como voto de castigo. E igualmente implica lo que se ha llamado la desafección ciudadana, es decir, la desconfianza hacia las autoridades, el descrédito de la democracia, el cinismo político y el declive del capital social. En todos estos casos, el civismo se retrae de participar, *sale* del espacio público y se retira hacia la privacidad del espacio íntimo o doméstico.

Respecto a la crisis del espacio público, también toman la opción de *Salida* todos aquellos ciudadanos que desertan de la deteriorada enseñanza pública para encaminar a sus hijos hacia la escuela privada o concertada, que están étnicamente depuradas, a fin de seleccionar sus relaciones sociales. También optan por *salir* todos aquellos ciudadanos que abandonan la sanidad pública y se hacen socios de las sociedades médicas privadas. En estos casos estamos ante *salidas* voluntarias.

Pero no ocurre lo mismo con aquellos otros ciudadanos en situación de carencia o exclusión que acuden a los servicios sociales del Estado pero no encuentran satisfacción a sus necesidades por hallarse saturados, y son entonces desviados hacia otras instituciones privadas como Cáritas o la Cruz Roja. La suya es, pues, una *salida* forzosa. Lo mismo ocurre, por supuesto, con todos aquellos asalariados que pierden su trabajo y corren a ingresar las cada vez más nutridas bolsas del des-

empleo. Y aún hay otras *salidas* que son mixtas, en parte voluntarias y en parte forzosas. Se trata de la opción de aquellos ciudadanos que buscan la protección de sus derechos e intereses en instituciones caritativas de filiación religiosa (como las mezquitas), ideológica (como los movimientos sociales) o al menos comunitaria (como ciertas ONG), con el posible riesgo de caer en la guetización. Así por ejemplo, la reivindicación del velo islámico es una opción de *salida* del espacio público.

La siguiente respuesta prevista por Hirschman ante la crisis de las instituciones es la ‘Voz’ (*Voice*), es decir, la reivindicación pública y la conflictividad social. En lugar de salir o evadirse ante la crisis, otra opción es quedarse para elevar ante el público la voz airada de protesta con activa exigencia de responsabilidades. Como gritaron los argentinos en la crisis de 2001 ante el llamado *corralito*: “¡que se vayan todos!” Y esto es también lo que está sucediendo hoy en Francia, cuando la ciudadana indignada porque se le haga pagar todo el coste de la crisis no ha dudado en echarse a la calle para manifestarse en público expresando a voces toda su impugnación colectiva de repulsa y rechazo.

En el caso del espacio público español, recurren a la opción de elevar su *Voz* de protesta todos aquellos ciudadanos que ya se han movilizado mediante paros y manifestaciones, como hicieron masivamente en la reciente jornada de huelga general del 29 de septiembre, para denunciar airadamente el previsto recorte de sus derechos sociales. Y de un modo más genérico, esta opción de elevar la *voz* se manifiesta mediante el sordo incremento de la conflictividad social y también de la privada, como revela el fuerte ascenso del maltrato familiar y la violencia de género. En fin, la reciente oleada populista de movilizaciones xenófobas que reclaman la expulsión de inmigrantes irregulares, la negativa a empadronarlos o la directa prohibición del velo islámico integral (*burka, niqab*), es otra muestra de esta opción por elevar la *Voz*.

Pero al decir de Hirschman, aún hay otra posible respuesta alternativa, además de protestar o desertar. Es la opción de ‘Lealtad’ (*Loyalty*), que implica quedarse al pie del cañón para mantenerse fiel a la institución en declive, prestando todo el apoyo posible y porfiando por arrimar el hombro con plena solidaridad, compromiso incondicional, entrega constante y firme espíritu de sacrificio, a fin de contribuir colectivamente a su posible supervivencia y sostenimiento futuro. Es lo que reclamaba hace poco una célebre campaña de movilización ciudadana, promovida por las Cámaras de Comercio, que se difundió desde la red y los medios bajo el eslogan *esto-sólo-lo-arreglamos-entre-todos*. Y como es evidente, esta opción de *Lealtad* se inscribe en la tercera dimensión del espacio público antes citada: la del amor por la ciudad (o por la institución que esté en cuestión), inspirado por su *genius loci*.

Así, respecto al deterioro del espacio público, eligen esta opción de *lealtad* todos aquellos funcionarios y ciudadanos que, a pesar de la que está cayendo, se mantienen firmes en su compromiso altruista de prestar servicio a los demás. Es el caso de todo el personal tanto funcio-

nario como contratado de los servicios sociales que está trabajando mucho más allá de lo exigible para sacarlos de su colapso actual. Así como también de los 65.000 voluntarios de Cáritas, y de muchísimos otros de las demás ONG altruistas, que, ante la incapacidad del bloqueado Estado español de bienestar (Laparra, 2010), están aliviando como saben y pueden la gravísima crisis actual de los derechos sociales.

Pero la opción de *lealtad* no sólo procede del lado de la oferta, cuando es activada por los responsables públicos y privados de la protección social, sino que también surge en el lado de la demanda, cuando es ejercida por tantos héroes anónimos que se dedican a ayudar a compañeros, vecinos y amigos, comprometiéndose incondicionalmente a participar en redes informales de reciprocidad solidaria. Y aquí destacan las redes familiares de inmigrantes, que cargan con la mayor parte del coste de la crisis en términos de su pérdida de derechos sociales, pero que también generan la más importante oferta espontánea de apoyo a los demás, a fuerza de atención, cuidado y *lealtad* interpersonal.

Como es evidente, sólo la *Voz* y la *Lealtad* pueden considerarse manifestaciones efectivas y expresas de participación ciudadana. Y en cambio, la *Salida* manifiesta tácitamente la opción de no participar, puesto que lo que implica es precisamente su contrario: la inhibición, el retraimiento, la defección, la deserción. Y por desgracia, todo parece indicar que, ante el actual declive del espacio público, hoy agudizado por la crisis, cada vez son más numerosos los ciudadanos que optan por la *Salida* en detrimento de la *Voz* o la *Lealtad*.

Si pudiéramos estimar el tamaño relativo de las tres opciones, según como son escogidas por los ciudadanos, probablemente obtendríamos unos resultados parecidos a estos: un 50% se decantaría por la *salida*, como opción dominante impuesta por el cinismo político en vigor; un 30% optaría por la *voz*, ejerciendo así su derecho al pataleo; y un 20% escogería la *lealtad*, al sentirse comprometido con los demás. ¿De qué depende, y cómo corregir, semejante distribución?

A cada uno de los ciudadanos individualmente considerados se le plantea el dilema ético de qué opción elegir, dado que, desde un punto de vista estrictamente personal, las tres opciones son igualmente racionales y legítimas. Pero como es evidente, desde un punto de vista colectivo y sobre todo institucional, no hay duda posible entre las tres opciones en juego, pues la superación de la crisis depende de que la *Lealtad* se convierta en la opción prioritaria, y a ser posible mayoritaria entre la ciudadanía. Mientras que las otras dos opciones, la *Voz* y sobre todo la *Salida*, deberían quedar reducidas al mínimo, pues de lo contrario el deterioro de la institución se agravará amenazando con su seguro colapso. Por lo tanto, la pregunta es evidente: ¿qué se puede hacer para potenciar la *Lealtad*, en detrimento de la *Voz* y la *Salida*?

4) La gestión relacional del espacio público.

Llegamos así al fin al centro neurálgico de esta exposición. ¿Qué es lo que pueden y deberían hacer los poderes públicos para tratar de detener, corregir y rectificar esta peligrosa deriva hacia la *Salida* de la participación cívica, invirtiendo su recorrido para tratar de encaminarlo y redirigirlo hacia la *Lealtad*? Y sobre todo, ¿cómo podrían hacerlo, con qué metodología práctica, con arreglo a qué modelo estratégico?

Aquí es donde conviene introducir un inciso, extraído de la reciente síntesis propuesta por Daniel Innerarity (2009), a fin de plantear de modo muy resumido los tres principales modelos de gestión política del espacio público que hoy aparecen como posibles. Adaptando a mi modo la terminología del autor, y reordenándolos para adecuarlos al citado esquema de Hirschman (salida, voz y lealtad), denominaré a dichos tres modelos privatizador, autoritario y relacional.

El modelo privatizador es el que se conoce como *New Public Management* (NPM) o “Nueva Gestión Pública”, que se enseña mayoritariamente en todas las escuelas de negocios, análisis organizacional y administración pública. Este modelo neoliberal aplica las teorías neoclásicas de la elección racional y la acción colectiva, a fin de condicionar al ciudadano con incentivos selectivos (premios y castigos) que le estimulen a participar en el espacio público sin inhibirse ni defraudar. Todo ello en un entorno de racionalización del espacio público y competitividad entre las instituciones, que busca obtener la máxima eficiencia en el rendimiento productivo de los recursos materiales y humanos. Y el resultado es que se trata al ciudadano como si fuera un cliente, tratando de maximizar la satisfacción de sus intereses y derechos individuales a fin de fidelizar su vinculación con las instituciones públicas.

Por lo tanto, por muy racionales y eficientes que sean sus intenciones, lo único que consigue este modelo de gestión pública es difundir entre la ciudadanía la disposición hacia la *Salida* en el sentido de Hirschman. Es lo que se deduce de un diseño que estimula a las instituciones públicas a competir entre sí en pos de la satisfacción individual de los usuarios privados, lo que impulsa a éstos a *salir* de las instituciones más deficientes o deterioradas para acceder a aquellas otras que les ofrezcan mayores estímulos y recompensas (como en aquel manual de autoayuda al emprendedor titulado: “¿Quién se ha llevado mi queso?”). Lo cual no fomenta la participación cívica sino por el contrario la *Salida*: es decir, la deserción hacia el individualismo privatizador del *homo economicus*, que sólo busca satisfacer su propio interés racional en detrimento del interés público. Aquí no hay pues espacio para la *Lealtad*, ya sea la fraternidad compartida o el amor al genio del lugar.

El siguiente modelo a considerar es el burocrático o autoritario, de acuerdo a la tradición administrativa del despotismo ilustrado. Se trataría de suscitar la participación ciudadana utilizando para ello las estructuras funcionariales de los servicios públicos, de acuerdo a una lógica universalista de igualdad de todos ante la ley. Y es verdad que los regímenes autoritarios han demostrado históricamente una gran efi-

cacia a la hora de inducir la movilización popular *desde arriba*, según el célebre ejemplo alemán de la llamada ‘nacionalización de las masas’ (Mosse, 2005). Pero no es menos cierto que este modelo sólo logra generar *Lealtad* a costa de reprimir tanto la *Voz* como la *Salida*. Y como también ha demostrado el fracaso del llamado socialismo real (véase Cuba), a la larga sólo se obtienen efectos opuestos a los buscados: la primitiva *Lealtad* se convierte en escepticismo y apatía, a la vez que prolifera tanto el deseo de *Salida* externa como la *Voz* de la disidencia.

Es lo que ha ocurrido, por ejemplo, con tantos municipios españoles que han tratado de imponer normativamente el civismo obligatorio. Como la pionera ciudad de Barcelona desde 2005, fecha en que entró en vigor la llamada Ordenanza para la Convivencia hecha de severas prohibiciones sin cuento, y que al decir de autores como Jordi Borja (2005) o Manuel Delgado (2007), tantos efectos perversos terminaría por causar. Una Ordenanza que después ha sido imitada por muchos otros municipios deseosos de regenerar su espacio público a golpe de decreto-ley: como los de Granada o Pamplona, sin ir más lejos. Pero el amor por la ciudad no se puede imponer por decreto-ley. Pues cuando se intenta lograrlo, lo único que suele obtenerse es despertar los demonios dormidos de la resistencia pasiva y la insumisión activa. Según el propio ejemplo de Barcelona, nueva ‘rosa de fuego’ que hoy destaca por la violencia gratuita de los nihilistas *okupas* antisistema.

Y queda por fin el tercer modelo de gestión pública del espacio urbano descrito por Innerarity: el modelo de *gobernanza* relacional, basado en la coordinación de las sinergias cooperativas que las autoridades públicas puedan suscitar entre la redes institucionales y asociativas de la sociedad civil. Para lo cual hace falta fortalecer ante todo el propio tejido organizativo del hoy desarticulado y fragmentado movimiento ciudadano, mediante estrategias de empoderamiento (Banco Mundial, 2001) que inevitablemente dependen del patrocinio público potencialmente paternalista. De ahí que el concepto de ‘gobernanza’ resulte demasiado sospechoso para todos aquellos autores que lo catalogan de nueva ‘dominación simbólica’ en la línea de Bourdieu (2001).

Pero si aquí me interesa proponer la gobernanza entendida a la manera de Innerarity, como mejor método de gestión del espacio público, es porque me parece el único capaz, a diferencia de los otros dos métodos rivales (el ordenancista y el privatizador), de suscitar la participación cívica y el amor por la ciudad. Y ello por dos razones al menos. Ante todo porque se trata de un método relacional y vinculante, en lugar de individualista y atomizador (como es la neoliberal NPG) o unilateral desde arriba (como el ordenancismo burocrático). Pues sólo estableciendo relaciones de vinculación entre todas las partes, públicas y privadas, que participan activamente en el campo de fuerzas o campo de juego que es el espacio público, se pueden llegar a crear reglas de juego limpio y compromisos de reciprocidad.

Y en segundo lugar porque eso que llamamos gobernanza es la única estrategia que promete suscitar de modo indirecto la verdadera participación ciudadana, que al comienzo definí como expresiva (no instrumental), espontánea (no premeditada), altruista (no interesada) y voluntaria (no venal). Pues una participación así, desprovista de todo cálculo racional, sólo puede emerger por generación espontánea como un subproducto o una consecuencia no querida. Lo cual excluye tanto el afán de lucro del competitivo *homo economicus* como el afán de mando del ordenancista *homo hierarchicus*. Y lo más apropiado para que surja es la gobernanza no directiva, a sabiendas de que lo único que ésta puede hacer es crear el caldo de cultivo propicio para que la participación cívica emerja por generación espontánea.

O dicho de otro modo, la gobernanza es el único método que promete despertar al genio del lugar (tal como sucede en los cuentos al frotar la lámpara mágica), para que su espíritu actúe sobre los ciudadanos (como si fuera un flautista de Hamelin) induciendo en ellos su amor por la ciudad. Un ejemplo, extraído de un libro reciente (Thaler y Sunstein, 2009, pp. 78), lo ilustra bien. Las autoridades de Texas (EE UU) fracasaron en su intento coactivo de reducir la basura acumulada en la vía pública. Entonces cambiaron de método diseñando otra campaña basada en el eslogan “*Don’t mess with Texas!*” (¡Ojo con Tejas!), y para su sorpresa acertaron plenamente, como si sonase la flauta por casualidad. Pero la explicación es simple, pues semejante desafío a hacerse respetar logró apelar al espíritu del orgullo tejano. Así se despertó el genio del lugar, suscitando en los tejanos el amor por su comunidad.

5) *Microgobernanza de proximidad.*

¿Cómo se conjura al genio del lugar, para que induzca entre los ciudadanos el amor por su ciudad? A la luz de lo que antes expuse, sobre las causas del declive de la participación cívica, la condición necesaria y suficiente para poder lograrlo es recuperar la confianza ciudadana en las autoridades públicas y las instituciones civiles que protagonizan el espacio público. Ahora bien, esto exige como requisito previo restaurar la plena legitimidad de los poderes públicos. Lo cual no es tarea nada fácil, pues afecta de lleno tanto a los órganos de representación democrática como a las administraciones públicas, hoy igualmente desautorizadas por el mismo clima común de descrédito. Concluiré, pues, mi exposición sugiriendo la necesidad de adoptar y aplicar el viraje metodológico que ha propuesto un autor como Pierre Rosanvallon (2010) para recuperar en su plenitud la legitimidad democrática.

Su último libro parte de la constatación de un hecho, como es la imparable pérdida de legitimidad por parte de las dos columnas vertebrales del Estado social y democrático de derecho: la clase política, como cuerpo de representantes electos por la ciudadanía que toman decisiones desde los partidos, los parlamentos y los gobiernos multinivel, y la clase funcional, como cuerpo de funcionarios y técnicos

seleccionados en función de sus méritos que ejecutan esas decisiones desde los diversos niveles de las administraciones públicas. ¿Cómo devolver la legitimidad a esos dos estamentos, los políticos y los funcionarios, de quienes depende el futuro de la democracia? Y la respuesta de Rosanvallon es rechazar tanto la burocratización tecnocrática como la privatización neoliberal del NPM, para proponer un giro metodológico basado en el principio de *proximidad*, concepto que él desglosa en una triple exigencia: *particularidad*, *inmediatez* e *interacción*.

1: *Particularización*. Es decir, individualización o personalización localizada. Hay que llevar el principio de proximidad, que acerca la prestación de servicios al nivel de escala más cercano al ciudadano, hasta sus últimos extremos. Y para ello, en lugar de tratar a los ciudadanos como si fueran casos genéricos e impersonales a los que clasificar y diagnosticar, para procesarlos mediante protocolos universales estandarizados, hay que atenderlos por el contrario como lo que son: casos singulares, originales e irrepetibles que sólo adquieren sentido en el aquí y ahora en el que se sitúan, en el contexto social, espacial y local en el que actúan, y en el que están comprometidos y enraizados.

En este sentido, Rosanvallon viene a apelar a lo que aquí he llamado el genio del lugar, aunque sin nombrarlo. A eso es a lo que alude su exigencia de proximidad, es decir, de particularidad, de singularidad, de originalidad, incluso de individualidad. Pues cada caso particular es original y genuino, por lo que no tiene par ni puede ser reducido a un caso particular de una categoría general. Por el contrario, su carácter genuino le hace único e irrepetible, situado en el aquí y ahora de este espacio público, en vez de estarlo en cualquier otro tiempo y lugar. Y ello se aplica tanto a la ciudad como al grupo colectivo o al ciudadano individual de que se trate, pues todos actúan en función de su *genius loci*: de su propio espíritu original, enraizado pero intransferible.

2: *Inmediatez*. Es decir, desmediatización y transparencia. Hay que presentarse ante los ciudadanos en la arena del espacio público para relacionarse con ellos sin mediaciones, atendiéndolos de igual a igual: no como a súbditos (administrados), ni como a clientes (usuarios), sino como a sujetos agentes, titulares de derechos y obligados a deberes. Lo cual significa no sólo atravesar la ventanilla que separa al ciudadano del servicio público al que acude, sino lo que es más: romper también la barrera mediática que les distancia e incomunica, pues son los medios de comunicación quienes definen y reconstruyen el espacio público en que tiene lugar la relación entre autoridades y ciudadanos.

En este sentido, el papel de los medios informativos es decisivo, pues siempre intervienen como un tercero en discordia ofreciendo su relato mediático de los hechos tanto para bien, cuando contribuyen a facilitar el ejercicio de los derechos, como para mal, cuando contribuyen a distorsionarla. Por eso, desmediatizar el espacio público implica tener que deconstruir antes el relato mediático para sustituirlo por una información pública, veraz, plural y sobre todo transparente.

3: *Interacción*. Es decir, mediación y participación. Como hemos visto, hay que relacionarse directamente con el ciudadano atendiendo como un caso personal, pero no como si fuera un caso aislado, separado de los demás, sino como alguien que está en interacción con su medio social y comunitario. Lo cual implica reconocer que es un nudo de interconexión con todas las redes sociales y comunitarias en las que participa, en las que se incluye y a las que quizá pertenece. De ahí la importancia de desarrollar las redes asociativas y la cultura participativa de los ciudadanos, a fin de potenciar todo su capacidad de empoderamiento. Pero dada la vigente segregación étnica, espacial y social del espacio público, ello no puede llevarse a cabo más que a través de la mediación intercultural, cuya función es precisamente crear puentes interactivos entre una redes sociales y otras, así como entre la red institucional que regula el campo de fuerzas del espacio público y la red social y comunitaria en la que esta inmerso cada ciudadano individual.

Sólo así, cuando los poderes locales aprendan a vincularse relacionamente con los ciudadanos que protagonizan colectivamente el espacio público, podrá hacerse realidad esa microgobernanza en proximidad, que hace de la mediación y de la inmediatez el mejor instrumento estratégico para suscitar la participación ciudadana.

Muchas gracias.

Madrid, 27-10-10

Referencias citadas

- BANCO MUNDIAL: "Empoderamiento", en *Lucha contra la pobreza. Informe sobre el Desarrollo Mundial 2000/2001*, pp. 99-131, Mundi-Prensa, Madrid, 2001.
- Zygmunt BAUMAN: *Modernidad líquida*, F.C.E., Buenos Aires, 2002.
- Ulrich BECK: *La sociedad del riesgo global*, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- Ulrich BECK y Elisabeth BECK-GERNSHEIM: *La individualización*, Paidós, Barcelona, 2003.
- Jordi BORJA y Manuel CASTELLS: *Local y Global*, Taurus, Madrid, 1997.
- Jordi BORJA: *La ciudad conquistada*, Alianza, Madrid, 2005.
- Pierre BOURDIEU: "El espíritu de familia", *Razones prácticas*, pp. 126-138, Anagrama, Barcelona, 1997.
- Pierre BOURDIEU: *Langage et pouvoir symbolique*, Seuil, Paris, 2001.
- Manuel CASTELLS: *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza, 2009.
- Louis CHAUVEL: *Las classes moyennes à la derive*, Seuil, Paris, 2006.
- Manuel DELGADO: *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del 'Modelo Barcelona'*, La Catarata, Madrid, 2007.
- Massimo GAGGI y Edoardo NARDUZZI: *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste*, Lengua de Trapo, Madrid, 2006.
- Anthony GIDDENS: *Consecuencias de la modernidad*, Alianza, Madrid, 1993.
- Enrique GIL CALVO: "La privatización de la opinión pública", *Claves de Razón Práctica*, núm. 154, pp. 24-31, julio 2005.

- Enrique GIL CALVO: *La ideología española*, Nobel, Oviedo, 2006-a.
- Enrique GIL CALVO: “El eclipse del capital social”, *Claves de Razón Práctica*, núm. 164, pp. 42-49, julio 2006-b.
- Enrique GIL CALVO: *La lucha política a la española*, Taurus, Madrid, 2008.
- Enrique GIL CALVO: *Crisis crónica. La construcción social de la gran recesión*, Madrid, Alianza, 2009.
- Jürgen HABERMAS, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1994.
- Ronald INGLEHART, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) y Siglo XXI, Madrid, 2000.
- Daniel INNERARITY: *El nuevo espacio público*, Espasa-Calpe, Madrid, 2006.
- Miguel LAPARRA: *El primer impacto de la crisis en la cohesión social en España. Un análisis provisional a partir de las Encuestas Foessa 2007-2009*, Fundación FOESSA, Madrid, 2010.
- Bernard MANIN, *Los principios del gobierno representativo*, Alianza, Madrid, 1998.
- Paula MARTÍN SALVÁN (ed.): *El espíritu del lugar: Francis Bacon, Joseph Addison, Alexander Pope, Horace Walpole y William Chambers*, Abada, Madrid, 2006.
- M^a Luz MORÁN y Jorge BENEDICTO: *La cultura política de los españoles*, C.I.S., Madrid, 1995.
- George L. MOSSE: *La nacionalización de las masas*, Marcial Pons, Madrid, 2005.
- Robert PUTNAM, *Solo en la bolera*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.
- Pierre ROSANVALLON: *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad y proximidad*, Paidós, Barcelona, 2010.
- Giovanni SARTORI, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Taurus, Madrid, 1998.
- Richard SENNETT, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid, 1997.
- Joseph STIGLITZ: *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2002.
- Richard H. THALER y Cass R. SUNSTEIN: *Un pequeño empujón (Nudge)*, Taurus, Madrid, 2009.
- John THOMPSON, *El escándalo político*, Paidós, Barcelona, 2001.